

Cristo, nuestro Sumo Sacerdote (4.14–16)

¹⁴Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. ¹⁵Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. ¹⁶Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

Después de demostrar la superioridad de Cristo sobre los profetas, los ángeles y Moisés, el autor de Hebreos volvió su atención a la superioridad de Cristo sobre Aarón como Sumo Sacerdote. Escribió en 4.14–16 que tenemos un representante ante el trono de Dios que es mayor de lo que podemos imaginar y hace por nosotros cosas que escapan a nuestros sueños. Estos tres versículos afirman cuatro verdades sobre este gran Sumo Sacerdote. 1) Ha traspasado los cielos, lo cual supone que Su labor terrenal ha sido llevada a cabo. 2) Puede compadecerse totalmente de nosotros. 3) Aprendió la obediencia mediante la tentación. 4) Es la fuente de nuestra eterna salvación. La idea principal es que ahora tenemos un acceso abierto a Dios mediante la labor sacerdotal de Cristo.

UN SUMO SACERDOTE ADECUADO (4.14)

El término «sumo sacerdote» (ἀρχιερεύς, *archiereus*) fue usado principalmente para referirse al sumo sacerdote judío; sin embargo, en este pasaje se le aplica a Jesús, quien es sacerdote y rey. Zacarías vaticinó que el Mesías serviría como sacerdote y rey sobre Su trono (Zacarías 6.13). No se le permitía a ningún rey de Israel tener ambas funciones en el Antiguo Testamento. Cristo es un «gran» sumo sacerdote porque es muy superior al sumo sacerdote del viejo pacto, pese a que este tenía la posición más alta del judaísmo. Los judíos cristianos, al ser tentados a regresar a su herencia

cultural, necesitaban saber que tenían un Sumo Sacerdote superior a cualquier sumo sacerdote bajo la Ley. Comenzando en este pasaje y continuando a lo largo del capítulo 10, el autor demostró un entendimiento total del significado de las instituciones y propósitos mosaicos. El razonamiento en cuanto a nuestro nuevo Sumo Sacerdote termina en 7.28, sin embargo, la idea es retomada una vez más en 8.1, como un hecho que era aceptado.

Los hebreos que leyeron que nuestro Sumo Sacerdote es «Jesús el Hijo de Dios», debieron haber considerado como extraño ese hecho. Ciertamente no estaban tan sorprendidos como estuvieron los fariseos cuando Jesús, al citar Salmos 110.1, los desafió en Mateo 22.43, diciendo:

¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más.

La pregunta de Jesús, basada en el pronunciamiento de David, implicaba que el Mesías era uno de los «dos Señores», lo cual constituía la gran roca de tropiezo para los judíos. Ellos creían totalmente en un solo Señor Dios; y solo uno. Jesús parecía ser ahora el otro «Señor». El tener tal título y oficio implicaba que fuera el Hijo de Dios. Esto se convirtió en la gran prueba para los judíos, a saber: ¿Podían aceptar plenamente a Jesús como divino, como *el* Hijo del Dios todopoderoso y el nuevo Sumo Sacerdote de ellos? ¿Podían aceptar «dos Señores»? Si entendían este concepto, estaban bien encaminados a estar firmes en la fe.

Se nos pide que «retengamos» nuestra profesión, del modo que Jesús retuvo Su objetivo. «Retener» quiere decir más que simplemente seguir creyendo;

la verdadera fe implica una demostración pública. Se nos pide «retenerlo y continuarlo».¹² Tenemos que estar dispuestos a ir «fuera del campamento» (13.13), esperando sufrir como lo hizo nuestro Señor, por ataques verbales y aun físicos. No podemos por ser discípulos apáticos mucho tiempo en medio de este mundo impío. Pablo explicó que si retenemos la «palabra de vida», resplandeceremos como «luminarias en el mundo» (Filipenses 2.15, 16). Nuestra meta debe ser que seamos faros para los demás.

El sumo sacerdote bajo el viejo pacto entraba al lugar santísimo anualmente, sin embargo, Jesús ha «traspasado los cielos» por nosotros (vers.º 14). Josefo dijo que el lugar santísimo era como el cielo.² No nos sorprendemos de que el autor de Hebreos presentara a Jesús traspasando el lugar santísimo hacia «los cielos». El «traspasar» los cielos implica un poder que excede grandemente al de un sacerdote terrenal de cualquier categoría.

El plural «cielos» es reflejo de la palabra hebrea שָׁמַיִם (*shamayim*), la cual es siempre plural en el Antiguo Testamento en más de trescientas veces. Efesios 4.10 dice que Cristo «subió por encima de todos los cielos». Se encuentra ahora más allá de toda atadura terrenal. Está por encima del mundo físico en poder y gloria. B. F. Westcott citó el dicho común que dice que Él «“entró al cielo” y sin embargo, está “por encima de los cielos”».³ La tradición judía hablaba de siete cielos, mientras que Pablo habló de tres (2ª Corintios 12.2). Este «tercer» cielo parece ser el más elevado de todos, lo cual excluye la idea de que existan cuatro cielos más elevados.⁴

UN SUMO SACERDOTE QUE SE COMPADECE (4.15)

Jesús es humano como divino; es tanto el Sumo Sacerdote que representa al hombre ante Dios como es el Hijo de Dios que representa a Dios ante el hombre. Los lectores de Hebreos, profundamente tentados por el esplendor del templo y de su sumo sacerdote, necesitaban entender que ahora tenían a un Salvador que había sido tentado como ellos lo

¹ Raymond Brown, *The Message of Hebrews: Christ Above All (El Mensaje de Hebreos: Cristo está sobre todo)*, The Bible Speaks Today (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1982), 95.

² Josefo *Antigüedades* 3.6.4.

³ Brooke Foss Westcott, *The Epistle to the Hebrews: The Greek Text with Notes and Essays (La Carta a los Hebreos: El texto griego con apuntes y ensayos)* (London: Macmillan Co., 1889; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 106.

⁴ Neil R. Lightfoot, *Jesus Christ Today: A Commentary on the Book of Hebrews (Jesús hoy: Comentario sobre el libro de Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 100.

fueron. Alguien podría preguntar así: «Pero Jesús jamás pecó, así que, ¿cómo pudo ser probado como lo somos nosotros?». Él puede compadecerse de nosotros porque el entender el pecado no significa participar en el acto, sino más bien, resistir la presión de su encanto. Al rehusar caer, Jesús demostró que nosotros podemos vencer. El que cede a la tentación antes de llegar a la fuerza máxima de su prueba, solo puede conocer el pecado hasta ese punto y no más allá, pues ha caído en la culpa antes de alcanzar la prueba máxima.

El estar familiarizado con la tentación puede hacernos tener compasión de otros pecadores. Jesús ha experimentado la humanidad, incluso hasta la muerte (vea Filipenses 2.8). Él ahora puede conmovirse (vers.º 15; KJV). No es frío ni insensible, tampoco se sienta en una silla majestuosa que es llevada sobre la multitud. Jesús se convirtió totalmente en uno de nosotros. Su poderoso ejemplo demuestra que nosotros también podemos resistir.

Él sufrió en Sus debilidades como tenemos que sufrir en las nuestras; sin embargo, no permitió que las dificultades obstaculizaran Su servicio a Dios (vers.º 15). Enfrentó el dolor físico, la fatiga y la desilusión en los demás. Estuvo dispuesto a hacer siempre la voluntad del Padre. Fue como Daniel, que «propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse» (Daniel 1.8). ¡Jamás podemos negar que Jesús fuera tentado! James Burton Coffman opinó que Su más grande tentación «fue probablemente el impulso a cancelar todo, abortar su misión redentora, pedir las legiones de ángeles» y vencer a Sus enemigos sin morir en la cruz.⁵

En vista de que Cristo pasó por tentaciones y sufrimientos hasta lo sumo y consecuentemente entiende nuestras debilidades, Él puede compadecerse de la humanidad. «Cristo, al nunca haber cedido a la tentación, conoce más del poder de Satanás que el pecador más infame».⁶

La palabra para «tentado» (de *πειράζω*, *peirazō*) significa «probado». Lo que pensamos que fue la «tentación» de Jesús pudo más haber sido una prueba de Su fe y firmeza, sin embargo, la palabra puede significar tanto «probar» como «tentar». Hebreos no se centra en el hecho de que Jesús fuera «tentado» a participar en un comportamiento desa-

⁵ James Burton Coffman, *Commentary on Hebrews (Comentario sobre Hebreos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1971), 94.

⁶ Jimmy Allen, *Survey of Hebrews (Reseña de Hebreos)*, 2ª ed. (Searcy, Ark.: Por el autor, 1984), 55–56.

gradable, sino en la prueba de Su fidelidad mediante la crucifixión (5.7, 8). Sus pruebas eran las mismas que los cristianos estaban teniendo que enfrentar para cuando la carta fue escrita. Para alguien de mucha fe, la prueba no habría representado una gran tentación como tal.

Debido a que Jesús sufrió sin ceder a la tentación del pecado (vers.º 15; 1ª Pedro 2.20–22), a menudo surge una pregunta que dice: «¿Realmente era Jesús capaz de pecar?». ¡Si no era así, no había tentación! La idea de que no pudiera pecar hace burla de las narraciones de las tentaciones de Jesús de parte de Satanás (Mateo 4.1–11; Marcos 1.12, 13; Lucas 4.1–13). Si estas narraciones presentan una tentación en la cual no podía caer Jesús, todo el relato sería un drama sin sentido.

Él fue tentado, sin embargo, no hay pecado en ser tentado. Santiago dijo que «cada uno es tentado» por deseos que hay en uno mismo (Santiago 1.14). Puede que el diablo tenga éxito en incitar nuestros deseos, sin embargo, eso fue lo que Jesús venció. Se ha hecho la sugerencia de que Jesús, siendo Dios, no podía pecar;⁷ sin embargo, erramos si pensamos que haya vencido el pecado solamente debido a Su naturaleza divina. La enseñanza bíblica dice que no tuvo pecado, a pesar de que fue tentado.

Las personas que batallan en sus vidas podrían decir: «Jesús nunca experimentó las tentaciones que estoy enfrentando». El estar «sin pecado» no quiere decir que nunca fuera tentado. A los que creen que todas las personas nacen con una «naturaleza pecadora», preguntamos: «¿Recibió Cristo un cuerpo diferente al de nosotros? Si no fue así, entonces, ¿se desarrollaron sus tentaciones en su propia “naturaleza pecadora”?». Si fue capaz de ser tentado, entonces tuvo que haber sido capaz de pecar; de otra manera, no hubo tentación.

Filón era de la postura que el sumo sacerdote de los judíos se convertía en más que un hombre cuando entraba al lugar santísimo, y que su existencia en medio de Dios y el hombre mantenía a este ministro de Dios libre de pecado y corrupción.⁸ Ciertamente, los sacerdotes de Jerusalén eran bastante instruidos como para creer lo anterior, sin

⁷ Gerald F. Hawthorne propuso que Jesús era incapaz de pecar, sin embargo, puede que no lo sabía, en vista de que estaba limitado en conocimiento mientras estaba en la condición humana (Marcos 13.32). (Gerald F. Hawthorne, “Hebrews” [«Hebreos»] en *The New International Bible Commentary* [Comentario de la Nueva Biblia Internacional], ed. F. F. Bruce, H. L. Ellison y G. C. D. Howley [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1986], 1513.) Las Escrituras simplemente dicen que no pecó (2ª Corintios 5.21; 1ª Pedro 2.21, 22; vea Juan 8.29, 46; 10.32; 1ª Juan 3.6, 7).

⁸ Filón *Sobre los sueños* 2.230–32.

embargo, puede que otros judíos del siglo primero hayan inventado ideas similares. La respuesta de Hebreos es que Jesús estaba plenamente capacitado para reunir incluso los estándares que Filón pensó que se requerían.

UN SUMO SACERDOTE MISERICORDIOSO (4.16)

Al tener un Sumo Sacerdote tan comprensible, podemos ir al Padre por medio de Él con regularidad, diligencia y valor (vers.º 16). El término «Acerquémonos» tiene que incluir una oportunidad a orar por el perdón de nuestros pecados.

Necesitamos orar pidiendo misericordia. Este versículo nos alienta a ofrecer una oración como tal. La frase «acerquémonos» es común y es una idea clave en la carta. Se usa en 7.19, 25; 10.1, 22; y 11.6. La idea está insinuada en 6.18.

La palabra griega de la que obtenemos «acerquémonos» (προσέρχομαι, *proserchomai*) está relacionada con los sacerdotes que por sí solos podían acercarse a Dios en servicio venerable.⁹ Este privilegio se extiende ahora a todos los cristianos.¹⁰

Solamente el sumo sacerdote podía entrar al lugar santísimo del templo. Los sacerdotes que estuvieran puros podían entrar al lugar santo. La admisión al atrio externo era para los judíos varones devotos y que se habían purificado. Afuera del atrio judío estaba el atrio para los gentiles y más allá de este estaba el atrio para las mujeres. Jesús eliminó todas esas barreras. Se nos permite «acercarnos» a nuestro Padre, incluso hasta el mismo altar (vea 10.22). Entramos en la presencia de Dios, acercándonos a Dios mismo en la oración. Tenemos acceso a Él en todo momento. Wiersbe propuso lo siguiente:

Cuando un israelita era tentado, no podía correr con facilidad al sumo sacerdote por ayuda; y ciertamente no podía entrar al lugar santísimo pidiendo la ayuda de Dios. Sin embargo, como creyentes en Jesucristo, podemos correr a nuestro Sumo Sacerdote en cualquier circunstancia y encontrar la ayuda que necesitamos.¹¹

Además, no tenemos que acercarnos a Él como se

⁹ Esta palabra constituye un término técnico en la Septuaginta «para [referirse al] acercamiento sacerdotal a Dios en el servicio» (Westcott, 108). Se usa de esta manera en Levítico 21.17, 21; 22.3, pese a que también tiene una aplicación más amplia.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Warren W. Wiersbe, *Be Confident: An Exposition Study of the Epistle to the Hebrews* (Ten fe: Estudio expositivo de la Carta a los Hebreos), (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1982), 48.

acercaban los paganos a sus deidades, es decir, con temor y temblor.

Incluso el judío no se atrevía a orar diciendo: «Padre nuestro que estás en el cielo» (Mateo 6.9). Esa relación con el Dios divino no fue desarrollada en el Antiguo Testamento. Hoy, como cristianos que somos, podemos acercarnos a Él «confiadamente», sabiendo que el Hijo entiende y provee acceso al trono mismo de la gracia, donde está sentado a la diestra de Su Padre y presta Su oído atento. Por supuesto, si fuéramos a Dios con nuestros propios méritos, no seríamos escuchados.

El «trono de la gracia» era otra forma judía para decir «el trono de Dios». Era típico de los judíos evitar decir el nombre de Dios para no darle un mal uso. La palabra «trono» de este pasaje constituye un eufemismo que representa a Dios mismo. A Este se le llama el «Dios de la gracia» (1ª Pedro 5.10), el cual es un título apropiado para Él, en vista de que la misericordia constituye la esencia de Su naturaleza. En Su presencia encontramos ayuda en tiempos de necesidad. *Siempre* estamos en necesidad, sea que nos demos cuenta o no de ello. El saber de la naturaleza misericordiosa de Dios nos permite acercarnos con valor a Él en oración, hablándole libremente a nuestro Padre celestial. ¡Qué gran alivio nos trae este tremendo pensamiento! El trono de Dios es el lugar donde se busca y se encuentra el favor. Cuando nos acercamos al trono, como lo hizo nuestro Salvador en muchas ocasiones, somos partícipes de una parte de Su gloria.

Entre Hebreos 4.14–16 y 10.19–23 pueden verse algunas similitudes. Ambos pasajes se refieren al tema de retener nuestra profesión y a acercarnos confiadamente a Dios. La presente carta constituye un tratado bien organizado; el autor abordó ideas y luego regresó a ellas más tarde, dando más fuerza a sus argumentos. En primer lugar, 4.14–16 introduce los beneficios de nuestro Sumo Sacerdote y luego 10.19–23 los reafirma. Los capítulos 5 al 9 se mantienen regresando a esta idea, resaltándola para los lectores. Los judíos cristianos estaban bien familiarizados con el sacerdocio y fueron principalmente influidos por tal razonamiento. Por ejemplo, la palabra «compadecerse» (συμπαθεῖω, *sumpatheō*) se encuentra solamente en Hebreos.¹² Además del uso de la palabra en este pasaje, aparece en 10.34, junto a las amonestaciones a los cristianos para que mostraran compasión por los presos. Los cristianos han de ser compasivos, así como lo fue Cristo. La palabra «compasión» expresa no solamente la com-

pasión de parte de alguien que ve el sufrimiento desde afuera, sino el sentimiento de alguien que entra al sufrimiento y lo hace suyo.¹³ Nuestro Sumo Sacerdote es capaz de compadecerse del débil y el humilde.¹⁴ La verdadera compasión es un rasgo difícil de llegar a dominar para los humanos; sin embargo, el cristiano, pese a las imperfecciones, lucha por ser como su Señor.

CONCLUSIÓN

Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, intercede por nosotros. Como sacerdote y como rey, es mucho más superior al primer sumo sacerdote, Aarón, y todos los sacerdotes del viejo pacto. Pese a que vivió una vida sin pecado, conoce de nuestro sufrimiento y de nuestras tentaciones. Entiende nuestras debilidades y tiene misericordia de nosotros.

PREDICANDO SOBRE HEBREOS

TENTADO SEGÚN NUESTRA SEMEJANZA (4.14, 15)

G. C. Brewer ilustró el alcance de la experiencia de Jesús en la tierra con el siguiente relato. Predicaba un domingo por la mañana en Chattanooga, Tennessee, y habló de cómo nuestro Señor resistió todas las emociones que nosotros tenemos que enfrentar. En la década de los veinte, esa congregación de la iglesia del Señor se reunía en un edificio usado para diversas actividades públicas. Cierta joven se le presentó en la entrada después del sermón y expresó que no creía en lo que Brewer había predicado. Dijo: «Jesús nunca tuvo que pasar por nada parecido a lo que estoy sufriendo». El hermano Brewer invitó al joven a una habitación aparte, donde el visitante contó la historia de la mujer que lo había abandonado por otro hombre, llevándose al bebé de ambos. Confesó que esa noche los estuvo buscando, con toda la intención de matar al hombre y tomar de vuelta a su mujer e hijo. «¡Jesús nunca se casó ni perdió a su esposa e hijo!», clamó el hombre desesperadamente. El hermano Brewer dijo que por un momento quedó desconcertado; sin embargo, luego notó un piano que estaba en un rincón para ser usado por algunos grupos que se reunían ahí, lo cual le dio una idea. Dijo: «Mira el piano. No ha tocado toda la música que el mundo haya escuchado, sin embargo, tiene todas las teclas para todas las notas que se podrían tocar. Del mismo modo, Jesús jamás tuvo la misma experiencia suya; sin embargo, sí sufrió una gran

¹² N. del T.: El autor se refiere a las veces que su versión registra esta palabra.

¹³ Westcott, 107.

¹⁴ Esto supone fortaleza en lugar de debilidad.

perdida en la traición de aquellos a quienes amó profundamente. Así es, él conoce el dolor por el que usted está pasando».

Si creemos que estamos pasando desolación y angustia, miremos a Jesús. Toda Su vida fue una progresión de ello hasta que llegó a la cruz y sintiera el clímax de esa soledad, clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27.46). Con la fe puesta en el Señor resucitado, jamás necesitaremos sentirnos tan completamente desamparados como Él estuvo en la cruz. Podemos acercarnos en Cristo al Padre mediante la oración que «confiadamente» hacemos (vers.º 16). ¿Realmente alguna vez le dice nuestro Señor «No», a nuestras más profundas necesidades? Lo dudo, pues Él es el Señor del «¡Si!».

Vuélvase a Dios en oración cuando todo parezca ir mal, pues no puede haber peor pecado para el hijo de Dios en estos tiempos «prácticos», que el no depender de nuestro amoroso Padre. Nuestra necesidad es bellamente expresada mediante el viejo cántico que leemos a continuación:

¿Vives débil y cargado de cuidados y temor?
A Jesús, refugio eterno, dile todo en oración.
¿Te desprecian tus amigos? Cuéntaselo en oración.
En Sus brazos de amor tierno, paz tendrá tu corazón.¹⁵

UN SEÑOR QUE SE COMPADECE (4.15)

Las palabras finales de este capítulo proveen de una motivación poderosa. ¡Aquel que ha «traspasado los cielos» ha mostrado Su preocupación por nosotros! Jesús demostró una compasión bondadosa en muchas ocasiones. En Mateo 9.36, sintió compasión por las multitudes que estaban como ovejas sin pastor. Mateo 14.14 muestra Su compasión para con la multitud de los cinco mil (sin contar mujeres y niños) que lo habían seguido y estaban con hambre. En Mateo 15.32–38, hizo lo mismo por cuatro mil hombres, más mujeres y niños.

En Mateo 18.23–35, Jesús enseñó una parábola para demostrar la necesidad de la compasión. En Mateo 20.30–34, sanó a dos ciegos en Jericó. En Marcos 1.40–45, sanó a un leproso. Marcos 5.1–20 dice que nuestro Señor tuvo misericordia de un hombre endemoniado. En Marcos 9.14–27, tuvo «misericordia» de un muchacho endemoniado. En Lucas 7.11–17, resucitó al único hijo de una viuda pobre de Naín. Lucas 10.30–37 registra la historia

¹⁵ Joseph M. Scriven, "What a Friend We have in Jesus" (¡Oh, qué Amigo!), traductor desconocido, *Songs of Faith and Praise*, comp. y edit. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

del Buen Samaritano, en la que Jesús enseña la compasión de una manera especial. Finalmente, en Lucas 15.11–24, Jesús reprendió la actitud farisea mediante el ejemplo de la compasión de un padre por su hijo descarriado. El corazón de Jesús estaba lleno de afecto y compasión por el pobre, el oprimido, el enfermo y el afligido. ¿Podemos nosotros ser menos que Él? Ciertamente, tendrá compasión del que es compasivo y tendrá misericordia del que es misericordioso. Siempre está listo para proveer el más humilde servicio, esto es, lavar nuestros pies, levantarnos de nuestra condición de caídos y restaurar el gozo de nuestra salvación. Todo esto es cierto si en verdad estamos arrepentidos y practicamos la compasión como lo hizo Él.

NUESTRO COMPASIVO SALVADOR (4.15)

Necesitamos un Salvador compasivo del mismo modo que lo necesitaron las personas del siglo primero. La filosofía estoica era fuerte en tierras donde se hablaba el griego. Los estoicos creían que Dios no era capaz de sentir algo por la humanidad ni interesarle el individuo. El concepto que tenían de Dios era descrito por la palabra *apatheia*, de donde obtenemos «apático». Los que llegaron a creer en Dios tuvieron que cambiar toda su perspectiva de la vida. Para muchos, estas buenas nuevas tuvieron que haber levantado un peso terrible. «¡A nuestro Dios le importa!». Este mundo da bastantes evidencias de Su cuidado (Romanos 1.19, 20). Provee luz solar y de lluvia, cosechas abundantes y todos los disfrutes de Su Creación. Leemos que los seguidores mansos de Cristo «recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5.5), pues solamente los verdaderos creyentes pueden ver la mano de Dios en todo lo que es bueno. Su creación misma clama: «¡A mí me importa!». Jamás es un Dios apático.

Los cristianos pueden ver los problemas y las aflicciones de la vida con un espíritu diferente. Podemos ver más allá de este mundo hacia la vida que está por delante y saber que nuestras aflicciones son livianas y fugaces en comparación con la gloria de la eternidad (2ª Corintios 4.16–18). Podemos ver el dorado atardecer o la verde primavera con un gozo desconocido por los no cristianos. Podemos disfrutar del mundo de una mejor forma gracias a nuestra confianza en Cristo.

CUANDO VENIMOS EN SU NOMBRE (4.16)

Una historia de la Guerra Civil de los Estados Unidos narra sobre un banquero cuyo hijo se fue a luchar. El padre estaba tan preocupado por el bienestar de su hijo y del ejército que comenzó a gastar grandes sumas de dinero para la atención médica

de los soldados heridos. Dedicó tanto tiempo a esta actividad que sus superiores lo amonestaron y le pidieron que dejara de hacerlo. Sin embargo, cierto día, un joven entró a su oficina; estaba pálido, obviamente era un soldado que había regresado de la batalla, pero no se había recuperado completamente de sus heridas. El joven sacó de su camisa una carta deteriorada por la interperie y se la entregó al banquero, quien leyó: «Querido padre: este hombre es un camarada mío que fue herido en batalla al lado mío. Por favor, trátalo como me tratarías a mí. Tu hijo, John». El banquero proveyó rápidamente de todo lo necesario para el cuidado del joven soldado. De haber venido en su propio nombre, habría sido rechazado; sin embargo, vino en nombre del hijo del banquero. ¡Qué gran bendición es para nosotros tener un abogado cercano y querido del Padre! Gracias a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, ¡sabemos que escuchará nuestro clamor!

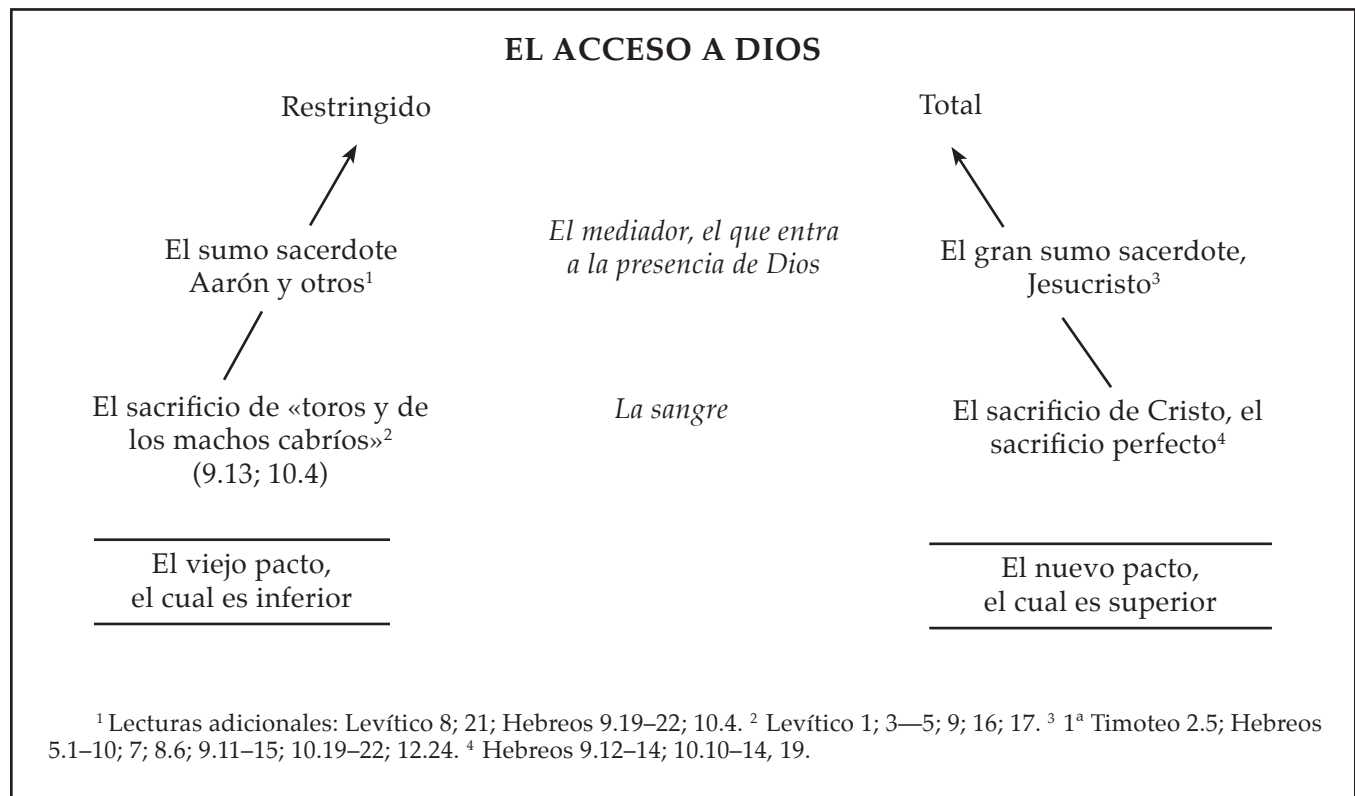
ASÍ NOS ACERCAMOS A DIOS (4.16)

Como cristianos que somos, no tenemos restricciones al acercarnos a Dios. En vista de que podemos hablarle, no necesitamos tener a ningún hombre que sirva como nuestro intermediario. Cada uno de nosotros es un sacerdote ante Dios, parte de un sacerdocio santo y real (1ª Pedro 2.5, 9).

Esto significa que somos valiosos para Dios. A cada santo se le manda a cumplir con su propio deber y tiene el privilegio de acercarse a Dios mediante la oración. Cada vez que oramos podríamos decir: «Estoy entrando en espíritu al salón mismo del trono de Dios para una audiencia con Él por medio de mi intercesor, Jesucristo».

CÓMO ACERCARNOS AL TRONO DE LA GRACIA (4.16)

Dios no tiene dos tronos, como si uno fuera para administrar justicia y otro para conceder misericordia. El mismo trono que causa temor en los rebeldes da reposo y alivio a los fieles. Los hijos de Dios pueden decir: «Padre nuestro...», lo que por sí solo provee tranquilidad. El pecador no sabe qué decir ni puede armarse de valor al acercarse a Dios. Ni siquiera le diríamos: «¡Sea valiente!». Sin embargo, los hijos de Dios pueden acercarse al Anciano de días como a Padre amoroso. Podemos unirnos en tiempos de oración con el Hijo de Dios, que se sienta mirándonos con misericordia e intercediendo por nosotros (Hebreos 7.25). Nos ayuda sirviéndonos como nuestro único intermediario entre Dios y el hombre, siendo Él mismo el que siempre nos representa en el cielo (vea 1ª Timoteo 2.5).



Autor: Martel Pace

©Copyright 2006, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados